

ÉLIE RECLUS

Hacia la Primera República

*Impresiones de un viaje por España
en tiempos de Revolución*

Del 26 de octubre 1868 al 10 de marzo de 1869

Edición de PACO MADRID

Índice

Nota a la segunda edición, 7

Introducción
¿Revolución o reacción?, 11

Cuaderno de viaje, 27

Capítulo 1º
En busca de un rey..., 29

Capítulo 2º
La propaganda republicana en Cataluña, 47

Capítulo 3º
Los partidos en España, 69

Capítulo 4º
Cómo se despierta un pueblo, 81

Capítulo 5º
La lucha de las manifestaciones en España, 103

Capítulo 6º
La primera sangre, 111

Capítulo 7º
Jaque a la monarquía, 133

Capítulo 8°
Intermezzo, 159

Capítulo 9°
¡A ellos, republicanos!, 185

Capítulo 10°
La resaca insurreccional, 203

Capítulo 11°
El definitivo triunfo de la ambigüedad, 225

APÉNDICE DOCUMENTAL

1. Artículos de Élie Reclus publicados en
La Revue Politique de París, 245
 1. Un rey, por favor, 245
 2. Los partidos en España, 252
 3. Aproximaciones a la crisis en España, 258
 4. Cómo se despierta un pueblo, 262
 5. La lucha de las manifestaciones en España, 265
 6. La primera sangre, 271
 7. Jaque a la monarquía, 276
 8. ¡A ellos, republicanos!, 285

II. Otros documentos, 291

- Carta de Prim (10 octubre 1868), 291
Discurso de Élie Reclus
en una reunión política en Sabadell (¿octubre 1868?), 292
A los electores (16 noviembre 1868), 293
Carta de Fanelli (2 diciembre 1868), 298
Acontecimientos de Andalucía,
por Fernando Garrido (11 diciembre 1868), 300
La emisión del pensamiento,
por Ildefonso Llorente Fernández (20 diciembre 1868), 303
- Noticias biográficas, 311
Bibliografía, 319

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

CONSIDERO IMPORTANTE CLARIFICAR ALGUNOS aspectos de la revista en la que Élie Reclus publicó sus artículos: *La Revue Politique*.

Este periódico salió a la luz el 6 de junio de 1868, dirigido por Paul Challamel-Lacour. Se publicaba los sábados. Hasta el 27 de septiembre de ese año conservó este título de cubierta y, a partir del siguiente número, apareció como *La Revue Politique et Littéraire*, pero únicamente en la cubierta, ya que en el interior de la publicación siguió conservado su antiguo título y todas las referencias a esta publicación de otros periódicos siguieron considerándola como *La Revue Politique*. Con el título de *La Revue Politique et Littéraire* fue publicada hasta el 13 de febrero de 1869. Sin embargo, y a pesar de todos mis esfuerzos, me ha sido imposible averiguar la razón del cambio de título en la cubierta, aunque probablemente se debiera a la deriva que experimentó por aquellos meses el Imperio de Napoleón III, que aumentó las restricciones a la prensa de carácter republicano y probablemente obligó, en este caso particular, a añadir al título lo de literario para dulcificar, en cierto modo, el carácter extraordinariamente subversivo que en aquellos momentos debía tener el concepto de político.

Es conveniente señalar también que la revista de Reclus no se debe confundir con *La Revue Politique et Littéraire. Revue bleue*, que comenzó su andadura el 1 de julio de 1871, continuando a la *Revue des cours littéraires de la France et de l'étranger*, fundada en diciembre de 1863.

No cabe duda que tanto la prensa española como la francesa tuvieron una especial relevancia en los acontecimientos que se produjeron en España y que afectaron posteriormente a la situación política de Francia. También tuvieron cierta importancia la prensa italiana e inglesa y en menor medida también la alemana.

Lo curioso del caso es que la república en ambos países (España y Francia) se proclamó por agotamiento de la monarquía. En el caso francés por la caída de Napoleón III, tras la derrota en Sedán; en el caso español por la abdicación de Amadeo I en 1873. Pero mientras Francia continuó siendo republicana a pesar de los sucesivos intentos de restauración monárquica, en nuestro país, cada intento republicano fue seguido de una dictadura y una posterior restauración borbónica. Parece una especie de maldición.

En la bibliografía he incorporado algunas referencias que son importantes para ese período, especialmente los libros de Ángel de Miranda (aunque su nombre real era Ángel Vallejo Miranda). Ángel de Miranda, amigo personal del general Prim, era articulista del periódico *Le Gaulois* de París, que comenzó a publicarse unos meses antes del pronunciamiento militar, concretamente el 5 de julio de 1868. Este intrigante personaje consiguió que el periódico insertase sendos escritos de Prim y de Serrano tratando de explicar qué se proponían hacer con el país (estos mensajes han sido transcritos en el ensayo de Alberola Fioravanti, M^a Victoria. *La revolución de 1868 y la prensa francesa*. Madrid: Edit. Nacional, 1973, páginas 151-156). De Miranda intentó, a través de sus artículos, ayudar en lo posible al gobierno provisional en sus manipulaciones en busca del establecimiento de una nueva estirpe monárquica. También se reunió con Bismark en Versalles (Miranda, Ángel de, *Un diner a Versailles chez M. de Bismark*, Bruxelles, 1871), como representante de la legación española en París. Después de que el canciller alemán le ofreciera una frugal colación, fue encarcelado, y posteriormente trasladado a diferentes fortalezas alemanas, pero al fin pudo escapar y refugiarse en Bélgica. Intrépido aventurero,

periodista, ensayista, diplomático y exitoso comerciante, además de reaccionario, hoy está completamente sepultado bajo montañas de papel. ¡Qué cruel es la vida!

El reportaje llevado a cabo por Élie Reclus en los meses que anduvo de gira por diferentes lugares del país es uno de los más brillantes que se han escrito sobre los inicios de lo que pudo haber llegado a ser una auténtica revolución. Además, en su cuaderno de viaje queda reflejada toda la emoción que el revolucionario francés sentía al darse cuenta de que participaba en algo que podía cambiar el destino de España y por ende de Europa.

Esto es lo que nos ha inducido a reeditar este magnífico libro, que está a la altura de las expectativas que algunos revolucionarios se plantearon desde el principio de los acontecimientos.

PACO MADRID



Fotografía tomada en Valencia en el mes de octubre o noviembre de 1868 y publicada en La Revista Blanca de Barcelona, número 213 del 1 abril de 1932, página 643. De izquierda a derecha: Fernando Garrido, Élie Reclus, Aristide Rey y Giuseppe Fanelli; sentado: José María Orense

INTRODUCCIÓN

¿Revolución o reacción?

CUANDO LOS CAÑONES DE la fragata acorazada Tetuán¹ atronaron los aires de la bahía de Cádiz, Europa se estremeció. Era el 17 de septiembre de 1868 cuando la flota anclada en aquella bahía al mando del general Topete se pronunció contra la monarquía borbónica.

A partir de este momento, los hechos se precipitaron. Una parte del ejército se puso decididamente al lado de los conjurados, que tomaron varias ciudades; en otras ciudades, como ocurrió en Santander, la indecisión de algunos militares y las escasas fuerzas civiles armadas dieron al traste con la insurrección.

Pero los tres partidos coaligados (unionistas, progresistas y demócratas) tenían en esta ocasión todos los triunfos en la mano. La incertidumbre de los primeros días acabó de modo fulminante en la denominada batalla del puente de Alcolea, que más bien fue una escaramuza. Tras el triunfo de los conjurados la monarquía isabelina se hundió definitivamente y los últimos partidarios de la misma cruzaron la frontera por los Pirineos.

Paralelamente a estos hechos, se constituyeron Juntas revolucionarias en todas las capitales y pueblos del país, formadas generalmente por integrantes de los tres partidos que habían intervenido en la revolución. Elegidas primeramente por aclamación, serían más

¹ Según Reclus, este fue el navío que disparó el primer cañonazo contra las defensas de Cádiz, pero según otras versiones, quien hizo ese primer disparo fue la fragata Zaragoza.

tarde confirmadas por sufragio universal. Sus programas fueron tomados fundamentalmente de los que se habían dotado las Juntas de Madrid y Sevilla. Estos programas tenían un gran alcance revolucionario: sufragio universal, libertad de cultos, de enseñanza, de reunión y asociación pacíficas, de imprenta sin legislación especial, descentralización administrativa, seguridad individual e inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia, abolición de la pena de muerte, inamovilidad judicial, juicio por jurados en lo criminal y unidad de fuero en la administración de justicia.

Los generales vencedores en Alcolea, impulsores del grito de guerra «¡Viva la libertad!» que dio comienzo a la revolución, entraron en Madrid con sus respectivos símbolos para recordar a quien lo haya olvidado que el triunfo de la revolución, así como su comienzo, ha sido obra exclusivamente militar, y por tanto en ese terreno se medirán las desavenencias que traspasen determinados límites.

El día 3 de octubre entró triunfalmente en la capital española el general Serrano, el cual fue encargado por la Junta de formar un Gobierno provisional bajo su presidencia.²

Con la constitución del gobierno, en el que no fue incluido ni un solo demócrata, se abrió una etapa dual que no podía durar mucho tiempo, ya que las Juntas continuaron su labor reformista, entorpeciendo —a juicio de los gobernantes— su labor.

A ello se sumó la ruptura por parte de los republicanos del pacto tácito acerca de la forma de gobierno. Efectivamente, el día 11 de octubre se reunieron en el circo Price de Madrid un nutrido grupo de demócratas con el fin de discutir la viabilidad de establecer la

² La composición del Gobierno provisional por decisión de Serrano, que ostentaba la jefatura del mismo, fue: ministro de la Guerra, Juan Prim, marqués de los Castillejos; Estado, Juan Álvarez de Lorenzana; Gracia y Justicia, Antonio Romero Ortiz; Marina, Juan Topete; Hacienda, Laureano Figuerola; Gobernación, Práxedes Mateo Sagasta; Fomento, Manuel Ruiz Zorrilla; Ultramar, Adelardo López de Ayala. (Cfr. Fernández Almagro, Melchor (1968), volumen I, p. 23 y también, Roure, Conrad (1927), volumen III, pp. 135-136).

república. El resultado solo podía ser la ruptura entre las facciones demócratas: aquellos que como Cristino Martos abogaban por la accidentalidad de las formas de gobierno o quienes como Estanislao Figueras se pronunciaban resueltamente contra la monarquía.

Al final se concluyó: «Queda acordado que la república federal es la forma de gobierno que adopta la democracia española». Lo cual quedó refrendado en otra reunión que tuvo lugar el día 18.

La dualidad de poderes pronto se resolvió con la orden de disolución de las Juntas que, asombrosamente, se fueron desorganizando casi sin ofrecer resistencia. Desde ese momento las manos del gobierno estaban libres para trabajar en provecho propio. Lógicamente, Rivero, que había aceptado disolver la Junta de Madrid y aconsejar a las demás hacer lo propio, fue tildado de traidor por sus correligionarios. Pero la traición de Rivero, si así se puede calificar su gesto, no paró aquí. El 12 de noviembre, junto con otros demócratas, aceptaba redactar un manifiesto por el que una fracción de este partido asumía circunstancialmente la forma de gobierno monárquica.

La suerte estaba echada. Al gobierno ya solo le quedaba desarmar a la milicia popular y acabar de atar los últimos cabos que aún quedaban sueltos. Circunstancias fortuitas hicieron que el desarme en Puerto de Santa María desencadenase una insurrección republicana que en un primer momento el gobierno trató de presentar como un intento de restauración borbónica, lo cual le permitió aplastarla sin demasiados problemas. Unas semanas más tarde haría lo propio en Málaga.

La confianza de la mayor parte de los republicanos se centraría en el resultado de las votaciones que debían celebrarse. En un primer lugar, las municipales que, como ocurriría siempre en los momentos críticos, fueron ganadas por los republicanos en las principales ciudades, lo cual creó una cierta expectativa de triunfo en las constitucionales convocadas para principios de enero. Sin embargo, estas perspectivas se vieron en cierto modo frustradas, y los republicanos debieron conformarse con obtener una minoría representativa.

LOS ECOS DEL FRAGOR

El estallido revolucionario despertó grandes expectativas en todos los medios de información europeos. Un enjambre de periodistas, observadores y aventureros de toda laya se dieron cita en España. Algunos de los medios de información daban cuenta de la venida de este o aquel periodista. *El Telégrafo*, diario barcelonés, anunció la llegada de Mr. Serland, redactor de *Siècle*,³ así como también la de J. K. Trebois, redactor de *La Tribuna*, que lo acompañaba.⁴ Algunos días más tarde, este mismo periódico anunciaba la llegada de León Mechnikoff,⁵ emigrado ruso, corresponsal de un periódico de San Petersburgo,⁶ y de Lucien Combay, corresponsal del *Temps* y de la *Ilustración*, «al objeto de estudiar la revolución que acaba de verificarse en España, por el interés que inspira a los extranjeros. Se proponen recorrer las principales capitales de España».⁷

Casi al mismo tiempo que en España triunfaba la revolución, el segundo Congreso de la Liga de la Paz y la Libertad se reunía en Berna del 21 al 25 de septiembre de 1868.⁸ La minoría socialista encabezada por Bakunin presentó desde la primera sesión una dura batalla a la fracción moderada. Entre los delegados al congreso

3 «Se halla en esta ciudad el apreciable periodista francés Mr. Serland, redactor del *Siècle* y corresponsal de varias otras publicaciones del vecino imperio. El objeto de su llegada tiene relación con el estudio que quieren hacer nuestros vecinos del movimiento revolucionario verificado en España». (10 de octubre de 1868).

4 *El Telégrafo*, 12 de octubre de 1868.

5 Este periodista era amigo personal de Élie Reclus y seguramente es a él a quien se refiere en su diario, aunque sin nombrarlo.

6 Era redactor de *La Gaceta de San Petersburgo*, cfr. Lida, Clara E. (1970), p. 59.

7 *El Telégrafo*, 18 de octubre de 1868.

8 *La Liga de la Paz y la Libertad* fue fundada en Suiza por un grupo de republicanos y liberales (Victor Hugo y Garibaldi, entre otros muchos). Bakunin participó en sus trabajos hasta su retirada en el segundo congreso.

Cuaderno de viaje

CAPÍTULO Iº

En busca de un rey...

Barcelona, 26 de octubre de 1868

AL SALIR DE PARÍS, las últimas palabras que escuché sobre los asuntos de España fueron estas: «La Junta de Madrid se ha disuelto y las restantes se disolverán, abdicando en favor de los monárquicos. Prim* prepara un golpe de Estado —por medio de un plebiscito o de otro procedimiento— para erigirse en dictador. Traicionada por Rivero* y por Olózaga,* la revolución está perdida. Ya no se puede hablar de la república, pues ha muerto antes de nacer».

Y las primeras que impresionaron mis oídos al llegar a España fueron estas otras: «Esto había comenzado demasiado bien para no terminar mal. Nuestros partidos están dispuestos a apuñalarse. La lucha será espantosa».

Llegué, pues, a Barcelona un tanto inquieto. No es fácil explicar la sorpresa que me causó ver reflejada la alegría en todos los semblantes. La transición había sido brusca. Saliendo de las lluvias del norte, de sus vientos fríos, de sus preocupaciones tristes, de su cielo gris, me hallaba en medio de una multitud de fiesta y bajo un sol radiante.

Las Ramblas, el gran paseo que parte en dos la ciudad, eran un hormiguero humano. Bajo el follaje verde de sus árboles, cuya sombra se proyecta sobre las blancas fachadas bordándolas caprichosamente, las gentes iban y venían como si poco antes no hubiesen estado a punto de ser ametralladas o como si no corrieran peligro de serlo poco después...

De noche la animación aumentaba. Parecía como si todos los habitantes de la ciudad hubiesen salido de sus casas, invadiendo los teatros, las salas de baile y las calles céntricas. Las barcelonesas, tocadas con mantillas negras, luciendo elegantes corpiños blancos y encarnados, descubiertas y con flores en el pelo, hermosas y simpáticas la mayoría y coquetas todas, paseaban arriba y abajo abanicándose. Parecía aquello el intermedio de un baile al que asistieran quince mil invitados.

Esta alegría me preocupaba. ¿No sería el trasunto de la general imprevisión? Los cafés espléndidos, de una magnificencia superior a los de París, estaban atestados de gente elegante, de soldados con armas, de oficiales con vistosos uniformes, hablando en voz baja. En Las Ramblas, paseando entre hermosas muchachas con mantilla, se veían curas ventrudos y antipáticos.

Y mientras que la multitud se agrupa para contemplar a un hombre que imita las escenas de una corrida de toros, a una andaluza con falda corta que baila un fandango al son de unas castañuelas, la contrarrevolución urde sus maquinaciones en la sombra para que España amanezca mañana con un rey, de igual modo que amaneció ayer sin la reina...

Comuniqué a unos amigos las inquietudes que invadían mi espíritu, fundadas en mis tristes recuerdos de 1848, año en que la confianza universal fue seguida de tan amargos desencuentros. «No podemos negar —me contestaron— la posibilidad de que los hechos vengan a confirmar esos temores, pero existen muchas probabilidades de que suceda lo contrario, es decir, de que todo vaya bien. Por nuestra parte hacemos cuanto nos es dable para que así sea y vigilamos de cerca los acontecimientos. Desde luego —añadían— habríamos tomado por loco a quien hubiese querido predecir, hace seis semanas, lo que está sucediendo hoy, y en igual concepto tomaríamos a quien pretendiera hoy señalar lo que ha de ocurrir dentro de seis semanas».

Comprendí que mis preocupaciones chocaban con el ambiente como un producto del norte, y que era cuestión de buscar, paseando, las caricias del sol. Y salí a pasear sin rumbo, metiéndome en la calle de Fernando. Al final de esa calle veo dos grandes edificios frente a frente. El Ayuntamiento y la Diputación, que es al propio tiempo Palacio de Justicia.

Entre curioso e indiferente, contemplo las esculturas, arabescos, pequeñas estatuas y górgolas que en los tiempos, ya lejanos, de mi fervor romántico, me habrían entusiasmado. ¡Qué me importan, actualmente, esos naranjos y esos limoneros plantados en el centro del patio!

Recorro en todas las direcciones la sala de los Estados, que es grande y majestuosa. En ella no hay más que un cuadro: el del eterno Prim, jinete en un gran caballo, con el sable en alto, hendiendo a un grupo de marroquíes.

Pero ese Prim, con el que uno se tropieza en todas partes, crispa mis nervios, y salgo del Palacio. En la plaza, unos hombres montan guardia frente al Ayuntamiento. Hay obreros que van y vienen, llevando fusil y bayonetillas. Circulan muchos jóvenes calzados con alpargatas y ciñendo un sable que asoma por debajo de la chaqueta. Yo había presenciado un espectáculo igual, en 1848, en Lyon.¹ Y me impresionó porque era un signo de que estábamos en plena revolución. Avancé hacia una escalera sombría donde un pobre guardia nacional estaba comiendo un guisote que le había llevado su mujer, que era muy fea, pero cuyos ojos de fuego brillaban como estrellas en la oscuridad, y entonces un centinela del pueblo me cerró el paso, preguntándome: «¿Qué haces aquí?». «Nada», contesté. «Pasa de largo, pues», ordenó.

¹ En esta parte del original de Élie Reclus, del que traducimos directamente, hay unas palabras absolutamente ininteligibles (Nota del traductor de estos apuntes, Eusebio C. Carbó).

Su actitud y el celo con que ejecutaba la consigna me gustaron. «Eres un buen centinela —me dije—. Cuando venga Prim y quiera entrar, atraviesa tu fusil en su camino».

27 de octubre

El Ayuntamiento revolucionario hace derribar tres iglesias, so pretexto de que dificultan la circulación. Figura entre ellas la de los jesuitas. Nadie se atreve a decir nada contra la santa religión católica, pero todo el mundo arremete contra los jesuitas. «Son ellos —dice la gente— los responsables de todos nuestros males».

Ese derribo se efectúa lentamente. No hay dinero ni entusiasmo. Si no fuera ya demasiado tarde, la idea de tales derribos sería abandonada. Los mismos liberales protestan en nombre del arte. Esos pobres burgueses ignoran que el arte jesuita es lo más falso, lo más feo y lo más repugnante del mundo. Ignoran que ese arte es una execración.

También han sido destinados unos obreros a derribar las baterías del puerto, pero es respetada la fortaleza de Montjuic, desde la cual puede ser bombardeada tan fácilmente Barcelona...

Los obreros trabajan de mala gana. Por cada uno que mueve el pico, hay tres que se entretienen fumando cigarrillos, y treinta burgueses que los contemplan. A lo largo de las murallas, los soldados toman el sol. Algunos de ellos se entretienen lanzando flores galantes a unas sirvientas, que les escuchan sonrientes y embelesadas.²

² Efectivamente se llevaron a cabo algunos derribos, especialmente la parte del muro del cuartel de Atarazanas que cerraba Las Ramblas en su sección inferior, dejándola completamente expedita, cfr. Roure, Conrad (1927), volumen III, pp. 147 y sgs. Hay constancia también de la demolición de la Ciudadela, pero la demolición de la fortaleza de Montjuïc no se llevó a cabo; no es probable que se tomara en serio. Sin embargo es muy cierto que Barcelona podía ser bombardeada con facilidad desde la misma y así había ocurrido cuando

En el parque, junto a la pajarera de los mirlos, una muchacha canturrea un ¡lalalalala! Su hermano, un mocoso de seis años, le aconseja: «Canta el himno de Garibaldi».

Ese himno fue anoche pedido por el público de un teatro en uno de los entreactos. Se representaban dos obras: *Los horrores de la Inquisición y Nobleza republicana*.³ Yo pude asistir tan solo a la segunda. Aparece un republicano, joven y bello, y una aristócrata, joven y bella como él. Los sentimientos naturales de amor, de generosidad, etc., chocan en la obra con el concepto del patriotismo y del deber. Como había ya adivinado el espectador, triunfan el amor y la generosidad representados por el joven republicano. Luego todos se abrazan, excepto el traidor, cuyo cuerpo es atravesado por la espada del protagonista.

La obra está poco a tono con la verdad histórica, y es incapaz de satisfacer a un republicano convencido, pero está concebida con la mejor intención. Termina con una moraleja ciertamente inofensiva: no se debe guillotinar a nadie por sus opiniones; si es por actos de traición, bueno, va...

Espartero ordenó en noviembre de 1842 bombardear la ciudad para aplastar la insurrección de cariz republicano que había estallado en contra de su política. Pero la destrucción que alcanzó más espectacularidad fue la quema del Pontón que servía de cárcel. Decía *El Telégrafo* del 1 de octubre al comentar la noticia: «Al oscurecer, la embarcación presentaba el aspecto de un volcán y los resplandores rojizos de las llamas se reflejaban en el mar, que presentaba un aspecto sumamente poético».

³ Estas obras se representaban en el teatro Principal, aunque el título de la primera está ligeramente equivocado, ya que en realidad se titulaba *La Inquisición por dentro*, drama en cuatro actos. Ordinariamente se representaban por separado, la primera a las tres de la tarde, con un coste de dos reales, y la segunda a las siete y media, a tres reales, pero aquel lunes 26 de octubre se representaron «a beneficio del público» (una especie de día del espectador), una a continuación de la otra, con un coste de dos reales.

Noticias biográficas

ALBERTO TUCCI. Abogado. En 1866 entró a formar parte de la Alianza secreta fundada por Bakunin en Nápoles y desde entonces estuvo siempre muy cercano al revolucionario ruso. Junto con Malatesta formó parte de la Federación obrera napolitana y fue el principal redactor del periódico *La Campana*.

ANTONIO AGUILAR Y CORREA, marqués de la Vega de Armijo desde 1847. Fue un notable representante del partido liberal. Se afilió a la Unión Liberal inmediatamente después de su fundación a las órdenes de O'Donnell.

ANTONIO CABALLERO Y FERNÁNDEZ DE RODAS. Militar (1816-1876). Se inició joven en la carrera de las armas. Fue en el pronunciamiento de Vicálvaro cuando tomó partido por los sublevados y a partir de este momento luchó por el derrocamiento de la monarquía. Se distinguió en los sucesos que culminaron en el triunfo de la revolución de septiembre y también lo hizo en la represión de las insurrecciones republicanas de Cádiz y de Málaga. Se lo acusó de que, para apoderarse de Málaga, hizo que se pusiera al frente de sus tropas a las mujeres e hijos de los defensores de la ciudad.

ANTONIO MARÍA CLARET. Sacerdote, oriundo de Barcelona. Se ordenó en 1835 y poco tiempo después se hizo misionero. Sus acciones le valieron el arzobispado de Santiago de Cuba en 1851. Seis años después fue designado por Isabel II como su confesor, cargo que le permitió tener un gran poder e influencia en la Corte, de la que supo sacar un gran provecho.

ANTONIO MARÍA FELIPE LUIS DE ORLEANS, duque de Montpensier, se había casado con la hermana de Isabel II y fue al principio uno de los más firmes candidatos al trono que esta había dejado vacante. Las intrigas políticas y su condición de Borbón arruinaron en poco tiempo sus expectativas

ARISTIDE REY (1834-1901). Notorio militante blanquista. Fue expulsado para siempre de la universidad de París por haber asistido y tomado la palabra, como estudiante de medicina, en el congreso internacional de estudiantes que tuvo lugar en Lieja a finales de octubre de 1865. Como firmante del manifiesto de la minoría socialista, en el segundo congreso de la Paz y la Libertad, fue considerado por Bakunin como miembro fundador de la Alianza. Acudió a España en compañía de Élie Reclus para hacer propaganda

Bibliografía

- ALBEROLA FIORAVANTI, M^a Victoria. *La revolución de 1868 y la prensa francesa*. Madrid: Edit. Nacional, 1973.
- ÁLVAREZ VILLAMIL, V. y Llopis, Rodolfo. *La Revolución de septiembre. Cartas de Conspiradores*. Madrid: Espasa-Calpe, 1929.
- CARR, Raymond, *España. 1808-1939*. Barcelona: Ariel, 1970.
- CLARA, Josep. *Excursions abans del excursionisme. Quatre recorreguts per terres gironines a mitjan segle XIX. D'Heras de Puis, Fénech, Reclus i Justo*. Edició critica i estudi introductori de Josep Clara. Girona: Biblioteca d'Història Rural, 2003.
- CONDE DE RODEZNO. *Carlos VII*. Madrid: Espasa Calpe, 1929.
- EIRAS ROEL, Antonio. *El partido demócrata español (1849-1868)*. Madrid: Edic. Universidad de Navarra, 1961.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor. *Historia política de la España contemporánea (3 vol.)*. Madrid: Alianza, 1968.
- FUENTE MONGE, Gregorio de la, *Los revolucionarios de 1868. Elites y poder en la España liberal*, Madrid, 2000, 291 páginas
- GARRIDO, Fernando. *La federación y el socialismo*. Edición a cargo de Jorge Ma-luquer de Motes. Barcelona: Labor, 1975.
- GÓMEZ APARICIO, P. *Historia del periodismo español. Tomo II: De la revolución de septiembre al desastre colonial*. Madrid: Editora Nacional, 1971.
- GUILLAUME, James. *L'Internationale. Documents et souvenirs, 1864-1872, 2 vol.* París: Societé Nouvelle de Librairie et d'Édition, 1907.
- LARA, M. M. de. *El cronista de la revolución española de 1868*, Barcelona, Im- prenta de Celestino Verdaguer, 1869.
- LIDA, Clara E.. «Conspiradores e internacionalistas en vísperas de la revolución». En *La Revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*. Selección de Cla- ra E. Lida e Iris M. Zavala. Nueva York: Las Américas, 1970, pp. 49-63.
- LORENZO, Anselmo, *El proletariado militante*. Prólogo y notas de José Álvarez Junco. Madrid: Alianza Universidad 1974.
- LUZ, Pierre de. *Los españoles en busca de un rey (1868-1871)*. Barcelona: Editorial Juventud, 1948.